

trujan los aposentos; y por todas partes, en fin, ofuscaba la vista del Jesuita y sus cuatro compañeros el esplendor del oro y las pedrerías. Cuando después de haberse aproximado con paso lento, estuvieron al pié del trono imperial los cinco Padres, vestidos con el hábito de su Orden, y después de haberse inclinado profundamente, dijo un senador:

«Ilmo. Emperador, Antonio Possevino y sus compañeros humillan sus frentes hasta el polvo para manifestaros el respeto que os tributan.»

El Jesuita habia permanecido en su humildad; mas el embajador no juzgó deber aceptar sin protesta el ceremonial á que le sometian. Habia observado la prolongada serie de títulos con que se honraban los Czares, y se creyó en deber de contestar á tan innumerable nomenclatura en los términos siguientes:

«Nuestro santísimo Padre y Señor, el papa Gregorio XIII, pastor de la Iglesia universal, vicario de Jesucristo en la tierra, sucesor de san Pedro, señor y dueño temporal de muchos países, y siervo de los siervos de Dios, saluda á V. A. S. con todo el afecto posible, y le desea toda clase de bendiciones.» Al escuchar el nombre del Pontífice se levantó Basilowicz de su trono, y después de haber conversado algunos instantes con Possevino, le invitó al *Clab da sal*, es decir, al banquete que le daba aquel mismo dia. Hablóle el Czar durante la mesa con bastante familiaridad, diciéndole: «Comed y bebed, Antonio Possevino, porque habeis caminado mucho viniendo de Roma hasta aquí, enviado por el Santo Padre y soberano Pontífice Gregorio XIII, á quien Dios ha constituido en cualidad de pastor de la Iglesia cristiana y romana, y á quien nos profesamos una profunda veneracion, y le reconocemos como vicario de Jesucristo, en cuya consideracion tenemos por él toda clase de deferencias.»

Cinco dias transcurrieron empleados en los festejos oficiales, hasta que al fin se abrieron las negociaciones, unas veces en presencia del Soberano, y otras en la de los senadores á quienes aquel otorgaba su confianza. Iwan se hallaba en una edad madura; mas su política no se mostraba tan franca como sus enojos. Hábil en el arte de rebajar la importancia de las cosas, para llegar cuanto antes á su objeto, ponía en juego todos los recursos de la duplicidad, y se sobreponía á Possevino en cortesía y pe-

netracion, para arrastrarle á sus ideas. Mas el principal móvil de la embajada del Padre habia sido el trabajar por economizar la sangre cristiana; pero además de esa idea pacificadora que tambien invocaba Iwan, aspiraba el Jesuita al triunfo de otras ideas en favor de la propagacion de la fe. Encargábase de negociar con Bathori en nombre de la Rusia; pero imponía ciertas condiciones á esta negociacion tan deseada. Hé aquí su contenido: «La Rusia debería conceder un libre paso, siempre que el Papa lo juzgase conveniente, á los misioneros apostólicos, quienes tendrían la libertad de ejercer en el imperio del Czar las funciones de su ministerio; los comerciantes católicos podrían profesar en él tranquilamente su religion, así como los sacerdotes de quienes fuesen acompañados; y puesto que el Czar habia propuesto una liga contra los turcos, el mejor medio de obtenerla seria el de reunir las dos iglesias.» En 1439 se habian ocupado ya de este proyecto en el concilio de Florencia el papa Eugenio IV, el emperador Juan Paleólogo y el patriarca José.

Habia visto Possevino á la Compañía de Jesús realizar tantas cosas maravillosas, sin echar mano de otro recurso que el de su celo y prudencia, que no desesperando de llevar á cabo la revolucion religiosa proyectada por él en el Oriente, escribió al Papa en los siguientes términos: «Los grandes edificios no se construyen en un solo dia, ni Dios otorga el progreso del Evangelio sino al trabajo y á la constancia. Aquí al menos tendremos la ventaja de podernos insinuar en el ánimo de los nobles; y no será difícil que en las conversaciones que nos veamos precisados á tener con ellos, las hagamos recaer sobre materias de religion; y tal vez el buen ejemplo, haciendo impresion en el corazón de algunos, baste á terminar el bosquejo que trazarán nuestras palabras. Podremos tambien aprender el idioma del país para escribir en él algunos libros y diseminarlos entre los pueblos, especialmente si por el tratado de paz queda la Livia en poder del rey de Polonia; pues en ese caso, á favor de los seminarios que se establecerán en Derpt y otros lugares, podrán los misioneros evangélicos hacer con mas seguridad sus excursiones hasta el centro de la Moscovia; y de este modo sin ruido é insensiblemente, se allanarán los obstáculos que hasta el dia habian parecido insuperables.»

La imaginacion del Jesuita se hallaba fascinada con el ejemplo

de Francisco Javier en su mision de las Indias; pero les era mas fácil á los Jesuitas el aclimatar el cristianismo entre los idólatras, que reconquistar á la comunión romana los príncipes y países que se habian separado de ella por el cisma; porque sabido es, que la acción apostólica tiene mas eficacia cuando tiende á derrocar un sistema de creencias, que cuando intenta modificar un punto de disciplina, ó someter la autoridad de un patriarca indígena á la de un pontífice extranjero. En los países infieles el entusiasmo del misionero, los peligros que arrostra y la caridad que despliega, debe necesariamente popularizar el culto que destruye los lazos de la esclavitud, y ennoblece la especie humana por la sola razón de ver á un Dios inmolado por ella. Pero todos estos efectos de la elocuencia sagrada, todas estas imágenes del Calvario, y todo este cúmulo de virtudes evocadas en presencia de unos cristianos, á quienes una orgullosa susceptibilidad ó sus preocupaciones políticas han separado de la unidad, á mas de perder su energía, no pueden producir semejantes milagros de conversión. Aceptarían la creencia de un Dios, al paso que disputan la legitimidad de su Vicario. Y en estas cuestiones entran por mas de un título los intereses humanos y el amor propio. Los cismáticos son cristianos, y no tienen que dar sino un paso para hacerse católicos; pero ese paso no le dan jamás, y ¿por qué? Porque el idólatra se lanza francamente y de buena fe á la senda del cristianismo, mientras que el cismático discute, arguye y ratiocina sobre la supremacía del Papa, y en definitiva, jamás abdica sus preven- ciones.

Possevino se encontraba en una situación excepcional; porque aunque podía terminar una paz que cada día se hacia mas necesaria para el Autócrata ruso, difería este sin embargo la contestación, ó se contentaba con dar unas respuestas evasivas á las proposiciones que aquel le habia expuesto. Un mes habia ya transcurrido desde la llegada del Padre á Staritza, cuando puso un término á estas conferencias la noticia del sitio de Plescow, con cuya toma se franqueaba el polaco un camino hasta las puertas de la capital de Rusia, y se complicaba cada vez mas la paz; porque las exigencias del vencedor deberian crecer por precisión con la importancia de sus triunfos. Iwan se habia dormido profundamente, y la espada vencedora de su rival le sacaba de su letargo; pero ya en este caso la lucha venia á ser muy desigual. La

Suecia habia tomado parte en ella, y las tropas de Juan III habian tomado á los rusos la ciudad de Nerva, y otras varias plazas marítimas. Persuadido de que el Jesuita era el único capaz de sacarle del apuro, le empeñó á marchar al campamento polaco, y á enviar á Roma al P. Campan, con el encargo de dar á conocer al Pontífice sus intenciones respecto á algunos puntos de la negociación eclesiástica. Iwan deseaba con todas veras ver formarse una liga de todos los príncipes cristianos contra los otomanos, y se empeñaba de paso á recibir en sus Estados á todos los comerciantes católicos.

El 7 de octubre se presentó el Jesuita en el campamento delante de Plescow; pero viendo que el rey de Polonia persistia mas que nunca en su resolución¹, no tuvo otro medio que el de escribir al Czar: «Aquí se cree que la corte de Moscovia solo trata de ganar tiempo, esperando que se alce el sitio de Plescow; sin embargo, vos no debéis contar con eso.» Ciertamente que el rey de Polonia y Possevino habian formulado con antelación las condiciones del tratado que la fuerza impondría á los rusos: y estaban ambos de acuerdo para sacar todo el provecho que pudiesen en favor de la religion católica; pero como por haber tomado la Suecia las armas se habia originado una nueva dificultad, urgía allanarla en secreto, para impedir que Basilowicz sacase partido del carácter versátil del rey Juan, y de la posición religiosa en que le habian colocado sus súbditos. Bathori suplicó al Jesuita que escribiese á este Rey, de quien era amigo, y obedeciendo aquel, le dió parte en 20 de octubre de las cláusulas del tratado que se proyectaba, pidiéndole su concurso en nombre del rey de Polonia. Tan espinosos tratados no ocupaban tanto sin embargo á Possevino, que no le permitiesen cercenar algunas horas para consagrarlas á la caridad: dirigiase todos los días al campamento donde se hallaba el P. Martín Laterna, y se dedicaba con este Jesuita á la visita de los enfermos, penetrando en las tiendas de los soldados, y enseñándoles los deberes que les imponía el carácter de cristianos y el de guerreros.

Habiéndose decidido Iwan á seguir los consejos de Possevino nombró sus embajadores; y habiendo tambien Bathori designado los suyos, se reunió por fin el congreso en Chiveroua-Horca, cer-

¹ Neugebaverus, *Historia Poloniae*, lib. X; Heidesten, *De Bello Moscovito*, lib. IV.



ca de la ciudad de Porkhou. El duque Demetrio, Pedro Jeletsky y Román Olpherio representaban la Rusia, y la Polonia se hallaba representada por Sbaraski, palatino de Breslaw, el duque Alberto Radzivil y Cristóbal Warsevitz, hermano del Jesuita de este nombre, que en clase de mandatario oficioso de la Suecia, habia sido llamado á las conferencias. Abriéronse estas el 31 de diciembre de 1581, celebrando una misa solemne á que asistieron los embajadores y su séquito; el Legado de la Santa Sede pidió después á estos comunicacion de sus poderes, y, bajo su presidencia, discutieron los polacos y moscovitas los graves intereses de que se hallaban encargados.

Diestros y atrevidos los embajadores de Iwan, hablaban de la paz unas veces con sentimientos conciliadores, y otras con una irritabilidad, cuya violencia no bastaba á sufocar su misma derrota; al paso que los del rey de Polonia ostentaban todo el brillo de sus pasiones ardientes é irascibles, aunque rebosando aquella generosidad caballeresca que sabe comunicar la victoria. En medio de estas divergencias de caracteres nacionales, en el ardor de estas discusiones, en que cada palabra reproducia un odio patriótico, solo un hombre se hallaba sereno y tranquilo como la imagen de la justicia; este hombre, que, en virtud de los poderes que le habia otorgado la Santa Sede, ejercia sobre aquellas naturalezas tan diversas, y no domadas aun por la educacion, un ascendiente que no debia á sus títulos, á su nacimiento, ni al esplendor de su rango, era un Jesuita. Los embajadores polacos veneraban en él su carácter de sacerdote y su alta sabiduría, mientras que los ministros del Czar admiraban la penetracion de su ingenio, contra el que se estrellaban los numerosos incidentes con que intentaban fatigar la vivacidad polonesa. Pero si tributaban este homenaje á su prudencia, llegaban tambien á fuerza de astucias á suscitar dilaciones, único medio de salvacion para el Czar. El ejército de Bathori podia experimentar una derrota delante de Plescow, y esta derrota cambiaria súbitamente la faz de las cosas. Mas á Possevino no se le ocultaba que tal era en efecto, la idea de los negociadores moscovitas ¹.

Esteban II exigia la cesion de la Livonia entera, mientras que Iwan no consentia en ceder mas que una parte; pero como esta

¹ La correspondencia entre Zamoski, canciller de Polonia, y el P. Possevino, es uno de los mas curiosos estudios del carácter ruso en aquella época.

era la última resolucion de Bathori, y no ignoraba el Jesuita que el rey de Polonia no cederia un punto de sus exigencias, ensayó un paso definitivo cerca de Jeletsky y de Olpherio. Estrechados los rusos por el Legado, confesaron que sus instrucciones secretas les permitian ceder la Livonia entera; pero que les habian mandado, bajo pena de muerte, no firmar este pacto hasta el último extremo. Este habia llegado ya á los ojos de Possevino, y así se lo demostró á los plenipotenciarios de Iwan, quienes, como estaban convencidos hacia ya tiempo, se adhirieron sin trabajo á aquella demostracion. Possevino habia conciliado á los dos partidos: ya no restaba mas que redactar el tratado de paz hecho bajo sus auspicios. En este momento suscitó la Polonia una nueva pretension, exigiendo que se la entregase la ciudad de Veliki; los rusos rehusaron de pronto acceder á semejante proposicion, é insistiendo los placos, declararon que en caso de repulsa, volverian á empezar las hostilidades. Consultado el Jesuita por Demetrio, contestó: «Vuestro Príncipe necesita la paz, y la desea á toda costa, bien lo sabeis, aunque temiendo su cólera no osais avanzar mas; sin embargo, yo respondo con mi cabeza del peligro que os amenaza: escribid á vuestro Soberano, que yo soy quien os ha determinado á dar este paso, y que á mi llegada á Moscou estoy pronto á entregarle mi cabeza, si cree que me he excedido.»

El P. Possevino acababa de ganar á los rusos: pero siéndole preciso entenderse con los polacos, explicó la naturaleza de su mision, y convinieron en que, para no exponer á ninguna acriminacion á los plenipotenciarios de ambas coronas, entregarían al Jesuita ó á cualquiera de su séquito, la ciudad de Veliki, como en rehenes de las buenas disposiciones de la Moscovia y Polonia. Los intereses estaban ya regulados; pero entre dos potencias rivales no son los intereses los únicos que predominan; existen además ciertas cuestiones de amor propio nacional ó de los principes, mas vitales á veces que las demás: Iwan Basilowicz habia tomado el título de Czar porque Basilio su padre se le habia apropiado.

En lengua tártara designaba este nombre un señor particular, así como los títulos de déspota, vaibodo y hospedar; pero por la afinidad que parecia tener en lengua rusa con el título de jefe supremo y emperador, declararon los polacos que no podian reconocerle. Basilowicz habia calculado que cediendo la Livonia á



instancias de Possevino, este, que no debía fijar una gran importancia á la conquista diplomática de un título, se apresuraria á interponer su autoridad en apoyo de sus pretensiones, puesto que le valia la cesion de una provincia. Esto venia á ser una cosa accesoría para Iwan, y por lo mismo no habia querido hablar del asunto hasta que estuvieron arreglados los principales negocios; mas, una vez concluido todo, dió orden á sus embajadores para que sondeasen al Jesuita respecto á este punto.

En la noche del 31 de diciembre de 1581, tuvieron con él una larga conferencia, en la que sentaron como principio, que puesto que el gran duque de Moscovia se habia dignado otorgar al Papa la cualidad de pastor universal de la Iglesia cristiana, él, como embajador de la Santa Sede, no debería experimentar repugnancia alguna en valerse de su crédito para hacer que le otorgasen á Iwan el título de Czar. A esta proposicion contestó Possevino: «Vuestro amo no ha hecho mas que dar al Papa el título con que le honran todos los monarcas católicos; pero no veo hasta el dia ninguno que conceda al gran duque el dictado de «Czar.»

La respuesta del Jesuita no podia ser mas concluyente; así es que terminó con ella una discusion, la que han recordado tan gloriosamente todos los sucesores de Basilowicz, desde Pedro el Grande hasta nuestros dias.

Luego que estuvo firmado el tratado de paz en 15 de enero de 1582, quisieron los embajadores, por seguir la costumbre del Norte, consagrar esta union con el ósculo de la cruz. ¡Patética ceremonia, que recuerda á los Cristianos de todas las sectas que si no reconocen á una comun madre, tienen todos á lo menos un padre comun, muerto por ellos en el Calvario. La capilla en que el Jesuita celebraba misa todos los dias, fue elegida como el lugar mas conveniente para aquel acto solemne. Las actas diplomáticas, con el sello de los contratantes, fueron depositadas en el altar; y los embajadores moscovitas, acompañados de sus woldars ú obispos, fueron los primeros que se llegaron uno tras otro á besar la cruz que les presentaba Possevino, y á jurar entre sus manos que aceptaban las condiciones del tratado. Seguian detrás los polacos; y luego de concluida la ceremonia, los individuos que componian ambas embajadas añadieron al pié del acta: «Hemos firmado con júbilo la paz, y la hemos ratificado con el ós-

culo de la cruz, en presencia del R. P. Antonio Possevino, legado del santísimo Pontífice romano Gregorio XIII.»

Este convenio daba la Livonia al polaco, y queriendo este cederla á Dios, al paso que mostrarse agradecido á la cooperacion de Possevino, instaló en ella á los Jesuitas para que instruyesen á sus nuevos súbditos. Iwan habia arrancado á Possevino la promesa de que pasaria á visitarle á su capital de Moscou, tan pronto como se hubiese terminado el convenio; y queriendo este cumplir su palabra, al paso que obtener del príncipe ruso los favores que habia solicitado de parte de Gregorio XIII, se puso en camino para aquella ciudad. Como habian cesado las hostilidades por todas partes, el viaje del Jesuita por este vasto imperio se redujo á una ovacion continua, tanto porque el Monarca habia mandado acogerle con los honores debidos á su dignidad de diplomático, como porque el pueblo al saludarle veia en él al hijo del pueblo, y al humilde sacerdote que acababa de sustraerle á los horrores de la guerra.

El Czar estaba de luto: su carácter siempre altivo tenia momentos de arrebatos tan crueles, que eran como un borron sobre sus brillantes cualidades, y en los cuales mataba sin piedad y sin motivo. Mientras que se negociaba la paz en Chiveroua, el Czar, segun refiere el mismo Possevino, vió un dia á su nuera en un traje que no le pareció bastante decente, y sin mas, arrebatado de cólera, derribó de un golpe de cetro á esta desgraciada princesa que se hallaba en cinta, y algunas horas después daba á luz un niño muerto. Acudió el hijo del Czar, y presenciando aquel doloroso espectáculo, y en un primer acceso de desesperacion vituperó la crueldad de su padre: este, cuya cólera era tan indómita como irreflexiva, exasperado al observar el dolor del jóven duque, se apoderó del cetro con que habia herido á la princesa, y le lanzó un golpe mortal en la cabeza, de cuyas resultas falleció tres dias después.

Luego que dió entrada á la calma en aquel corazon donde hervian pasiones tan contrarias, ya no conoció limites la afliccion del padre¹; exhaló tristes gemidos, lloró amargamente, y, en el paraismo de sus remordimientos, formó el proyecto de retirarse del mundo para entregarse todo entero á sus melancólicas ideas. Tal era la situacion del Monarca cuando llegó Possevino á Mos-

¹ Oberdon, *vita Basil.* lib. III.

cou. El Soberano estaba vestido de luto, así como también su corte, á propósito de lo cual, en la relación de su embajada hace el Jesuita esta observación: «De esta suerte aquellos hombres, que en nuestro primer viaje ridiculizaban el color y sencillez de nuestras sotanas, porque lo negro es á sus ojos un color lúgubre y de mal agüero, no estaban entonces en disposición de echarnos en cara la humildad de nuestro traje, una vez que ellos estaban vestidos de negro.» Recibióle amistosamente y con extraordinaria obsequiosidad; pero á pesar de que semejante demostración no fue desmentida en público, tampoco pasó de meros testimonios oficiales. Algunos comerciantes ingleses y un médico anabaptista habían pasado á la Rusia con el objeto de probar fortuna; y ocupándose, como misioneros protestantes, mucho menos en diseminar la doctrina de los novadores que en aclimatar el odio contra el Papa, el cual, según ellos, era el Antecristo anunciado en el Apocalipsis, y que los Jesuitas, que siempre les precedían en todas las playas é imperios, eran unos promovedores de discordias.

Los griegos no necesitaban tanto estímulo para mirar con prevención á los latinos, y el Soberano, que deseaba mejorar la posición que le creaban las circunstancias, y que por otro lado empezaba á arrepentirse de la gratitud que debía á la Santa Sede y al Legado, procuraba por todos los medios posibles desembarazarse de ambos sin ruido. Los ingleses le ofrecían esta ocasión, y trató de aprovecharse de ella. En medio de los insultos que prodigaban aquellos herejes á la Iglesia romana, señaló á Possevino el día en que debería comunicar á sus ministros las proposiciones que dirigía el Santo Padre á la Rusia por su mediación; este último explicó al senado las peticiones de la corte de Roma, y el senado le contestó: que sin duda el Czar acogiera favorablemente unos proyectos que solo tendían á la propagación del cristianismo. Pero el Jesuita había concebido el designio de hablar públicamente á Basilowicz sobre la reconciliación de las Iglesias griega y latina; y como el misionero se hallaba todavía desempeñando las funciones de legado, le permitió el Czar la conferencia. Cuando en 21 de febrero de 1582 se dejó ver el Padre en el gran salón de Kremlin, donde se hallaban todos los dignatarios rodeando el trono de su soberano: «Antonio Possevino, le dijo este, «ya veis que hallándome en el quincuagésimo año de mi edad,

«no puedo lisonjearme de vivir mucho. Nacido y educado en la «religion cristiana, que es la buena y verdadera, no me parece «justo cambiarla. El día del juicio se aproxima, y en él nos dará «Dios á conocer si es vuestra religion ó la nuestra la mas conforme á la verdad. Sin embargo, no me opongo á que en calidad «de nuncio del soberano pontífice Gregorio XIII trateis de cumplir las órdenes que habeis recibido: en este supuesto, os autorizo á decir lo que juzgueis conveniente.»

El Jesuita tomó la palabra, y puso en claro los beneficios y felices resultados que produciría la reunión del Occidente y del Oriente en una misma fe, cuando llegase el caso de no existir más que un solo rebaño y un solo pastor. Iwan comprendió bien las ventajas morales y materiales que debían resultar á la Rusia una vez acogida esta propuesta; mas educado como lo estaba en el cisma, había adoptado sus máximas y prevenciones. Hubo sin embargo un momento en que un rayo de júbilo apareció en su frente sombría, en especial cuando hablando Possevino del concilio de Florencia, en que los patriarcas de Oriente y Juan Paleólogo habían reconocido la unidad, exclamó: «¡Qué gloria sería la vuestra si llegase un día, en que á favor de esa fraternal «alianza que une á los príncipes cristianos, pudiese vuestra Serenidad obtener por vuestra sumisión á la Iglesia ese imperio de «Oriente, que si le han perdido los griegos, ha consistido en que «se han separado de la obediencia debida á Jesucristo por abrazar el cisma!»

Hacia ya tiempo que el Oriente y Constantinopla formaban el sueño dorado de los Czares. Así es que al trazarle Possevino un medio mas directo á su ambición, acogió el Autócrata con un movimiento de entusiasmo esta magnífica esperanza; mas hallándose agobiado por el dolor, no fue capaz de asociarse á una idea que sonreía ya la imaginación de sus boyardos. Para dar un corte á este impulso, volvió la conferencia á las proporciones que debía tener: «Os concedo, dijo al Jesuita, cuanto solicitais en nombre «del soberano Pontífice, el paso libre por mis Estados á sus nuncios y misioneros, y el libre ejercicio del culto á favor de los sacerdotes y comerciantes católicos; pero no quiero que mis súbditos puedan ser recibidos en las iglesias ó capillas que mandeis «construir. El acta de concesión va á ser redactada, y vos que la «habeis obtenido la pondréis en manos del Papa.»